Forjado en el bosque

Alberto Morán

Forjado en el bosque

Alberto Morán

Avant
editorial

Primera edición, abril de 2023
© Alberto Morán,2023

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com)

Diseño y Edición:
Avant editorial
Avenida de Londres, 6, Portal 1, Atico A,
28500 Arganda (Madrid)
www.avanteditorial.com
info@avanteditorial.com

ISBN: 978-84-19763-23-5
IBIC: FM
Depósito legal: M-12989-2023

...A Daniel

Capítulo I.
El parto

Kroninger

La tormenta impactó sobre la aldea de Kroninger. Jasdhelia, postrada en la cama, gritaba de dolor y desesperación por el parto de su futuro hijo. Desde que quedó encinta siempre tuvo claro que iba a nacer varón y que su nombre sería Nániel. Pero Jasdhelia, a la vez que luchaba para que su hijo viera la luz, bien sabía que su vida se apagaría en el momento de su nacimiento, pues así se lo hizo saber Dardelion, el arúspice de la aldea.

—¿Cómo se encuentra? —le preguntó Primiano, hermano de la curandera que atendía a Jasdhelia.

—¿Cómo quieres que se encuentre? Apenas le queda un hálito de vida —respondió Aldonza.

—Pero y la criatura… ¿nacerá?

—Recemos a los dioses para que así sea. En cuanto a Jasdhelia, mucho me temo... Le ha subido tanto la fiebre…

—¿Y qué haremos con la criatura? ¿Qué será de él? —Aldonza ignoró la pregunta de su hermano.

No solo la noche empeoró. También lo hizo Jasdhelia, que a punto estaba de dar a luz.

—Sálvalo a él, Aldonza. No dejes que él lo encuentre —susurró Jasdhelia.

Jasdhelia había sufrido no solo en vida, sino que también lo estaba haciendo en el parto, pero no fue en vano. Había tenido un hermoso y sano bebé que ella no pudo acurrucarse en los brazos, puesto que había fallecido.

—Escucha, Primiano —le dijo Aldonza a su hermano—: nadie, absolutamente nadie debe saber que Jasdhelia ha tenido el bebé. No me preguntes el porqué; limítate a hacer lo que yo te diga.

Primiano asintió con la cabeza, aunque por dentro se preguntaba el porqué de tanto misterio. Jasdhelia había sido siempre una joven muy volcada en los quehaceres de su hogar. Sin embargo, quedó encinta muy joven, pero... «¿Qué habrá sido del padre de la criatura?», se preguntó. Primiano había desaparecido de repente.

Bajo un cielo encapotado grandes llamas surgían de la pira de Jasdhelia. Las lágrimas caían por la mejilla de Aldonza, aquella joven a la que crió y con la que compartió tanto. Supo que ya no volvería a verla.

—¡Primiano! —llamó Aldonza a su hermano—. He de hablar contigo.

Primiano, que tenía el niño en sus brazos, se acercó inmediatamente a escuchar a su hermana.

—Le he dado vueltas a la cabeza y creo que tenemos que deshacernos de la criatura.

—¿Deshacernos de la cria... criatura?

—No me refiero a quitarle la vida Primiano —dijo Aldonza.

—¿Entonces?

—Esta criatura que llevas en los brazos es hijo del mismísimo rey Randall. Es, pues, su hijo bastardo. Entenderás ahora el porqué no debía saberlo nadie. No hay más remedio si queremos protegerlo de dejarlo en manos de Everad —decidió Aldonza tras mucho pensarlo.

Everad, hombre fornido, tal y como su nombre indicaba. Antaño, guerrero al servicio del rey hasta que quedó lisiado de por vida. Everad, hombre que sobrevivía en la soledad en lo más recóndito del bosque sin apenas contacto humano.

Capítulo II.
La posada

Kroninger (Posada «El colmillo de jabalí»)

Una figura encapuchada vestida de negro se dirigía a la posada. «El colmillo de jabalí» estaba a rebosar: había mercaderes, trovadores e incluso soldados del rey y algún que otro vagabundo. Aldonza se bajó la capucha y miró a su alrededor como si buscara a alguien.

—¿Que desea tomar? —le preguntó el tabernero, a lo que Aldonza respondió:

—Preguntaba por Bryaton. Sé que frecuenta esta posada.

—¿Que desea tomar? —volvió a preguntar el tabernero con el ceño fruncido.

—Tomaré leche fresca, gracias.

—Asi que busca a Bryaton-respondió el tabernero con una sonrisa forzada.

—¿Es que ya no suele merodear por aquí? —preguntó Aldonza.

—Ese bribón me debe alguna que otra moneda —respondió el tabernero con un tono áspero.

El tabernero dirigió su mirada desconfiada al bolsillo de Aldonza, esperando que le pagase.

—Suele merodear por el mercado con algún que otro trapicheo, pero últimamente no se deja caer por aquí. Como le he dicho, me debe algunas escudillas de comida.

En ese momento entraba a la posada un hombre que bien parecía estar borracho. En cuanto entró, Aldonza lo reconoció. Era Bryaton, más conocido en la aldea como el negociador.

Bryaton se ganaba la vida haciendo trabajos, algunos sucios y otros más legales. Aldonza, muy a su pesar, había recurrido a él.

—¡Que me aspen si es Aldonza lo que ven mis ojos! —exclamó Bryaton.

—La misma que te vió crecer. ¡Vaya pintas que traes! Cualquiera diría que te has tragado un barril de hidromiel.

—Pues...poco me faltado. ¡Oh, venga ,vieja ¡Estoy de celebración—volvió a exclamar.

El tabernero lo miró con cara de pocos amigos.

—¿Crees que puedes entrar aquí en mi posada como si nada? —Aldonza, para evitar un escándalo, quiso ser prudente y zanjó la cuenta pendiente de Bryaton.

—¿Podemos hablar en un sitio que no sea este? —le preguntó Aldonza a Bryaton.

—¿Y de que tendría yo que hablar contigo vieja? —preguntó Bryaton mofándose de ella.

Aldonza, que ya lo conocía, le enseñó un saquito de monedas que guardaba y la hizo sonar.

—¡Vaya, veo que sabes convencer! —-exclamó Bryaton—. Las mujeres hacéis conmigo lo que se os viene en ganas.

Salieron de la posada y se dirigieron a una zona poco transitada. Cuando Aldonza estaba segura de que nadie podría escucharla, se dispuso a hablar.

—Bryaton, ¿te acuerdas de Jasdhelia? —le preguntó Aldonza.

—Sí , aún me acuerdo de esa mocosa flacucha y de mal carácter. Es más, creo recordar que en nuestra infancia le prometí que sería su futuro marido —sonrió Bryaton al decirlo.

—¿Acaso te envía ella para zanjar el asunto?

—Ni me envía ella ni de eso se trata Bryaton. —Se hizo un silencio en mitad de la noche.

—¿Entonces?

Aldonza no supo bien cómo decírselo ni por dónde empezar.

—Mi querido Bryaton: hace nueve meses Jasdhelia quedó encinta. Puedes imaginarte cómo cayó la noticia en mi hogar. Pues bien, a medida que su vientre iba ensanchando, la cosa se enfrió y Primiano y yo ya esperamos impaciente el día de su parto. Primiano le construyó una cuna, yo le tejí un zurrón. En definitiva, parecía que los padres fuésemos nosotros —sonrió Aldonza con tristeza.

—Una historia conmovedora, pero… ¿qué tiene eso que ver conmigo?

—Dadme un momento. El caso es que la criatura ya ha nacido, pero desgraciadamente Jasdhelia no ha superado el parto y murió. Me siento en parte responsable por no haberlo hecho mejor.

—¡Jasdhelia muerta! —exclamó Bryaton—.Pero hay una cosa que no logro entender: aún no me has hablado del padre de esa criatura. ¿Ees que acaso?...

—El padre de la criatura... El padre es el mismísimo rey Randall —le cortó tajante Aldonza.

Bryaton no salía de su asombro. Parecía que hasta la resaca le desapareció.

—Es por eso por lo que he venido en tu búsqueda para...

—¡Espera,espera! —ahora era Bryaton quien le cortó—: explícame cómo es que el rey es...¿su padre?

—El rey Randall es un ser despreciable y despiadado: maneja la gente a su antojo, permite que la gente se muera de hambre… Para él sólo somos estiércol y se adueña de todo, incluyendo a Jasdhelia. Su ya desparecida esposa vivió atormentada a su lado. Pudo comprobarlo antes de morir. Jasdhelia lo detestaba. Bryaton, hubiera dado lo imposible por haberla protegido mejor, pero no lo hice. Ella se oponía y lo hacía todo por protegernos de las amenazas del Rey.

—¿Desconocía el Rey el embarazo de Jasdhelia? —preguntó Bryaton ahora más interesado.

—¡Oh no! El lo sabía, pero Jasdhelia le dijo que no era suyo, que su padre era Walden, con quien mantenía una relación a escondidas.Ya imaginarás por qué. A partir de ahí fue cuando el rey empezó con ataques de celos y a Walden desde entonces no se le ha vuelto a ver. Primiano y yo, conociendo al rey, pensamos que lo ha mandado a matar. Lástima, era un buen muchacho.

Bryaton no salía de su asombro: se suponía que era una noche de celebración por sus pequeños logros en los negocios.

—Él no sabe que el niño ha nacido aún, ni que Jasdhelia ha perecido, ya que no se encuentra en Kroninger. Pero estoy segura de que estará al acecho. En estos momentos está sumergido en asuntos externos con otras aldeas, pero imagínate de lo que sería capaz si se entera de que ya ha nacido. Por eso no podemos quedarnos con él.

—¿Estás tratando de decirme que me quede con el niño? Porque entonces la respuesta es un rotundo no.

—Créeme que no había pensado en ti, Bryaton. Había pensado en Everad, pero desconozco su paradero y estoy segura de que tú si lo sabes.

—¡Everad! ¿Por qué Everad?

—Porque,por lo que murmura la gente, vive en la espesura del bosque, apartado de toda la civilización y pensé que estaría seguro con él, donde el rey no conozca su existencia.

—Es una opción. Visto así, no está mal pensado. Déjame indagar en el asunto. Conozco a mercaderes que cruzan el bosque para llegar hasta aquí.

Aldonza entregó la bolsa de monedas a Bryaton, pero éste la rechazó.

—No, Aldonza. Al menos esta vez, haré lo que me pides y lo haré por Jasdhelia, por ti y por la criatura.

—Es un alivio tenerte de nuestra parte Bryaton, pero no te demores, por favor —le suplicó Aldonza.

—Descuida, ven a verme a la posada «El colmillo de jabalí» mañana.

—¿Te parece buen sitio una posada para tratar este asunto?

—Descuida, vieja. Es preferible que nos veamos de noche Es cuando la plebe está prácticamente borracha. Así nadie escuchará nada y pasaremos desapercibidos.

Al día siguiente, tal y como acordaron, Aldonza se presentó en la posada por la noche. Olía a estofado de carne recién hecha y Aldonza no disimuló su apetito. En un principio no vio a Bryaton y Aldonza entre el bullicio de la posada, las miradas de la gente y la tardanza de Bryaton, empezó a incomodarse.Salió fuera, justo cuando entraba Bryaton.

—Pensé que no vendrías —le dijo Aldonza.

—Perdón por el retraso, pero estuve cerrando un par de negocios— se excusó Bryaton.

—¿Has averiguado algo sobre el paradero de Everad?

—Estamos de suerte. Parece ser que nuestro amigo suele frecuentar el bosque, y nada menos que el bosque de los senderos prohibidos. Así que no es de extrañar que sea allí donde viva —dijo Bryaton emocionado.

—Ya sabía yo que no me fallarías.

—Bueno, hay que admitir que conozco a algún que otro mercader que toma frecuentemente los senderos del bosque, como ya te comenté, aunque eso no quiere decir que Everad se deje convencer para que se quede con la criatura.

—Recemos a los dioses para que así sea.

Capítulo III.
El bosque de los senderos prohibidos

Una ligera llovizna caía sobre Kroninger. No había amanecido aún y las calles estaban desiertas. Bajo la luz de la luna podían distinguirse las sombras de Aldonza y Bryaton.

—Debemos evitar las zonas amplias, y los senderos de los mercaderes en el bosque para no llamar la atención. No todos los días se ve a dos personas en la madrugada con un niño en un zurrón —aconsejó Bryaton.

—Cogeré todo lo necesario para el niño —añadió Aldonza.

—Debemos partir ya. En breve empezarán a montar sus puestos en el mercado —volvió a aconsejar Bryaton.

El bosque de los senderos prohibidos, bosque frondoso donde abundaban fresnos y cipreses y donde la belleza del lago de los susurros hacían reflejar sus aguas cristalinas. Antaño poco transitable debido a los bandidos que habitaban en las montañas, hoy día, a excepción de algunos, transitado por los mercaderes y comerciantes.

—Seguiremos el curso del lago, tal y como indica el mapa, donde podemos ver su brazo oeste —decidió Bryaton—. Haremos un alto en el camino para llenar nuestros estómagos y creo que el del pequeño también.

El niño, debido al hambre, empezó a sollozar. Aldonza había decidido llevarse una cabra para que al niño no le faltase la leche. Evitaron hacer fuego. Con un trozo de queso, pan de cebada y un vino meloso, saciaron su hambre y su sed.

Se pusieron de nuevo en marcha cuando a pocos metros divisaron una pequeña caravana de mercaderes que se dirigían al pueblo. Aguardaron en una pequeña cueva hasta que la caravana pasara.

—Conozco a muchos mercaderes, con los que comparto buena amistad. Pero no me gustaría que me viesen contigo y el pequeño; podría correrse la voz en un santiamén —dijo Bryaton.

Pasada la caravana emprendieron el camino. A mediodía ya divisaban uno de los brazos del lago, cuando de repente le salieron dos hombres con pinta de forajidos.

—¡Vaya, vaya, el mundo es un pañuelo! —dijo uno de ellos—.¡Bryaton ni más menos!

—¡Los hermanos Bentley y Brantley! Sí, sí que es pequeño el mundo! —dijo Bryaton—. Os daba por muertos,no solo yo, también en Kroninger.

—Aquí en el bosque se vive mejor y se gana más.

Uno de los hermanos vio que Aldonza llevaba la bolsa con las monedas de plata y se le pusieron los ojos desorbitados.

—Dadnos eso que llevas ahí y os dejaremos pasar —dijo Brantley.

—¿Qué tiene de especial para ustedes una bolsa con pastas y tortitas para saciar el hambre del camino? —preguntó

Aldonza—.Si es hambre lo que tenéis, tenemos pan, queso y algo de vino.

—¿Creéiss que nací ayer verdad? —preguntó Brantley—. Oídme, nadie guarda en una bolsa de monedas unas «tortitas».

—Dejádnos pasar, tenemos algo muy importante que hacer —dijo Bryaton.

El niño empezó a inquietarse y a llorar. Los hermanos sacaron una daga y amenazaron a Aldonza.

—Dadnos la bolsita y podéis marchar en paz. Bryaton, acostumbrado a losnegocios, chanchullos y demás trapicheos, no era un hombre de armas, pero siempre llevaba consigo una daga.

—Si no queréis probar mi daga, dad media vuelta y dejádnos continuar nuestro camino —amenazó Bryaton.

—¿Crees que estás en disposición de dar órdenes Bryaton?Brantley, arrebátale la bolsa a la vieja—ordenó Bentley.

Cuando se dispuso a hacerlo, Bryaton se interpuso en medio y le hizo un tajo en la mano donde sostenía la daga Brantley. Éste, empezó a lanzar maldiciones hacia Bryaton.

—Puede que me dedique a los negocios, pero créeme cuando te digo que sé manejar una daga.

—Te mataré, Bryaton, y servirás de almuerzo a las alimañas del bosque —amenazó Bentley —.Vamos hacer una cosa: primero te mato a ti, luego a la vieja. El niño lo negocio y a la cabra nos la comemos para la cena.

De repente, se escucharon dos silbidos. Una lanza se clavó en la espalda de Bentley y otra en la de Brantley. Una figura misteriosa se dejó ver entre los arbustos.

—¡Al fin caen esos dos!Pensé que nunca lo haría! —dijo el hasta ahora misterioso personaje.

—¡Everad! —exclamó Aldonza, que no salía de su entusiasmo.

—¡Sigues teniendo tan buena puntería como antaño!—le dijo Bryaton con una sonrisa.

—¿Acaso no sabéis lo peligroso que es el bosque? —dijo Everad con cara de pocos amigos—. ¿Qué se os ha perdido por aquí? Si se adentráis más en la espesura, correréis peligro y ya no me refiero a salteadores, sino a lobos y osos. Hay cientos por aquí. Os olerían y os darían caza.

—Si hemos venido a este lugar del bosque, es precisamente buscándote a ti Everad —se atrevió a decir Aldonza.

—Si os habéis arriesgado en llegar hasta aquí, es que debe ser importante.Os escucho, pues.

Enterraron los cadáveres de los hermanos en un lugar apartado. Aldonza le contó detalladamente su historia.

—¿Me estás proponiendo que críe a este niño que, como bien dices, es hijo del mismísimo rey?—preguntó alterado Everad.

—Créeme que si hemos llegado hasta aquí es porque no tenemos otra alternativa y pensamos que, a pesar de los peligros que acechan el bosque, es el lugar apropiado para que el pequeño crezca —dijo con tristeza Aldonza.

—!Estáis recurriendo a la persona equivocada! —dijo con tono áspero Everad.

—Si llega a oídos del rey, que llegará, de que somos nosotros quienes lo estamos criando, no dudará en deshacerse de él —las lágrimas de Aldonza reflejabansu estado de desesperación—. Aquí tienes una bolsa de monedas de plata. Con esta bolsa tienes más que suficiente para...

—¡Una bolsa de monedas! —le cortó tajante Everad-— ¿Y para qué quiero yo una bolsa de monedas? El bosque me da todo lo que necesito, todo lo imprescindible para vivir.¿Acaso crees que voy al mercado una vez a la semana?

—Vamos,Bryaton, no hay nada que hacer. Al menos hemos reunido el valor suficiente de haber venido —dijo una triste Aldonza dirigiendo la mirada hacia Everad—.Sé que fue duro para ti cuando sufriste esa lesión en la pierna.El rey tuvo que prescindir de tu servicio, y debe de ser difícil llevar esta vida Suerte, Everad.

—¡Un momento! Suponiendo que acepte, ¿cómo sé yo que no vendrá el séquito del rey en su búsqueda?

—Aparte de nosotros, es Primiano el único que lo sabe. Fingiré que el niño,al igual que su madre, murieron en el parto —dijo Aldonza.

—Tú asististe a mi parto, Aldonza. Ayudaste a mi madre siendo muy joven. Cuando enviudó solo te tenía a ti.

Se han cambiado las tornas. Debo entonces devolverte el favor —decidió Everad.

Aldonza estaba que rebosaba de alegría. Le dejó al niño, la cabra y prometió venir de visita a menudo junto a Primiano.

—Partiréis al alba.Si regresáis ahora,mucho me temo que os alcanzará la noche. No es aconsejable.

—Por cierto —dijo Aldonza con los ojos humedecidos—, su nombre es Nániel; hazlo un hombre, Everad, hazlo un hombre.